

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NÚM. 8507

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚM. 4 Y 58

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lofette, Rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. G. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Lunes 17 de Marzo de 1890.

## Salicilatos DE BISMUTO Y CERIO

de VIVAS PÉREZ. Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

ES UN MEDICAMENTO como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de VÓMITOS Y DIARREAS, DE LOS NIÑOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS COLERA, VÍFUS, DISENTERIAS, VÓMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LOS EMBARAZADAS, CÁJARROS Y ULCERAS DEL ESTÓMAGO, ERUPTOS FÉTIDOS, PÍROXIS. Ningun remedio alcanzó de la medicina y del pólvo ó tanto favor por sus buenos resultados que sea la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE 3'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.

DEPOSITO GENERAL: ALMERIA, FARMACIA VIVAS PÉREZ desde donde se remiten por correo á todos partes enviando 25 cts más por certificado.

POR MAYOR: Madrid, M. Garcia, Sociedad Ibero Universal Barcelona, Sociedad Farmacéutica é hijos de J. Vidal y Rivas, de Alomar y Uriach, Cartagena, Abad y Romero German.

Se vende en todas las boticas de las provincias y pueblitos de España, Ultramar, Buenos-Aires y en toda la América de Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández Hermanos y compañía.

## LA SEMANA ANTERIOR,

Pocas cosas han pasado en la semana pasada.

El viento está muy pesado y la lluvia más pesada.

Aparece el sol, y así que brilla un instante acá, desaparece de aquí para lucir por allá.

Todos estamos cansados de las calles mojadas y nuestros trajes mojados y nuestras botas manchadas; mas no encontramos el medio, por la distancia que media de poner á esto remedio ya que Dios no lo remedia, es natural, en tal caso no nos moveremos de casa, que á veces al dar un paso dice el agua «no se pasa.»

Martes y Californios trabajan sin descanso por presentar en sus procesiones mejores reformas que agraden á todos.

Tendría gracia, que una vez hecho el castigo y puestos á echarlas á la calle, el picaro é inoportuno tiempo se encarara á prohibirlo.

Si así ocurriera, es posible que á alguien le aventara la hiel.

Porque cuando se está confiado en una cosa, y al fin no conseguirla, es muy mala cosa.

Si las procesiones no salieran como hevo dicho, pero los preludios no nos los quita nadie.

Ayer tarde se escuadra de granaderos Californios cubrió las calles de la población, y al paso de los béisillos de cuando se encuentra al paso.

Se formaba la escuadra, y buenas veces lucían y mejores armas.

Ya sabrán ustedes que el sábado próximo tendremos un baile en el arco de la calle Real.

La compañía está compuesta de un rosó personal, en que figura muchas guapas chicas.

El popular Pichel con sus chispeantes cuentos entretendrá al público.

Carl Antoni hará saltar á los caballos, y Magrini hablar á los perros. Ya verán ustedes lo que es bueno.

Y ya no puedo seguir, porque sobra material. Hasta otro día.

## ISIDORO MAIQUEZ

Nació Isidoro Maiquez, para orgullo y gloria del arte dramático español, en la ciudad de Cartagena, el día 17 de Marzo de 1768.

De imaginación vigorosa, de carácter impetuoso, tardó no obstante en vencer cuantas dificultades oponíanse al desarrollo de sus inmensas facultades.

Recorrió desde el principio la escabrosísima senda que lenta y desairadamente recorre en los primeros años el actor español. De modesto racionista en la compañía de su padre, actor estimado en aquellos tiempos, consiguió mezquino ascenso en la misma compañía, y luego en otras...

Fue luchando tenaz y poltremente, desoyendo animoso cuantas diatribas y falsos conceptos formaban de él, discutiendo todo aquello que pudiera conquistarle el aplauso y consideración con que soñaba, mirando resignado la mofa que de él hacían sus mismos compañeros, procurando apartarse de cuanto á su alrededor veía y oía en la escena y, sobreponiéndose en suma, cual titán valeroso, á las mezquinas pasiones que perturbaban la marcha sucesiva del progreso, ya fuera en civiles y áridas contiendas, ó en las altas y sublimes esferas del arte.

Otro hombre menos animoso, menos resuelto, hubiera sin duda desmayado en aquella época de abandono, de superstición y de ignominia.

Hallábase en punible decadencia nuestro hermoso teatro español á fines del siglo pasado; prohibidas por el gobierno nuestras mejores producciones del siglo XVII; pervertido el gusto del público con espectáculos estrambóticos; los actores rindiendo fervoroso culto á un falso idolo, sin reglas ni rumbo fijo la literatura; y el arte de hacer comedias una insostenible rutina, un amaneramiento ridículo, una parodia en fin, de todo lo divino y humano, representada por comediantes envidiosos, con entonaciones subterráneas y atavidos de fastuosísimos talcos!

No pretendo hacer una minuciosa reseña de aquella época desdichada para nuestro teatro, en sus extravíos y en sus infortunios.

Tampoco quiero molestar vuestra atención con recuerdos, cuyas cenizas aventaron las perfumadas brisas de la moderna civilización.

Sole buscaré frases de entusiasmo, imágenes sublimes, en mi modestísima inteligencia, para ensalzar con toda la efusión de mi alma, con todo el fuego que circula por mi ardorosa frente, al héroe insigne, al actor inmenso, de cuyas primeras y copiosas lágrimas brotan las corrientes melancólicas, las suaves y cristalinas ondulaciones, en que de marino navegador con rumbo cierto, cuantos se dedican al arte dramático español.

Isidoro Maiquez ha sido y será siempre el más sublime modelo de la juventud estudiosa y entusiasta.

Isidoro Maiquez silaba, arrojado de la escena española tan ignominiosa como torpemente, no decaía sino solo inerte, como un servidor de su arte, atento á todo estudio que hacía de los grandes actores, guiado por el instinto de observación igual al temple de su alma, soportaba resignado las malas situaciones de su vida ingrata; oía las

aceradas puyas que de continuo les dirigían; escuchaba los aplausos que á sus compañeros tributaban, y hubiera sin duda desaparecido por el mundo y para el arte resignado ó loco, á no haber llegado á sus oídos, con fascinadores ecos, las continuas alabanzas de que era objeto en la vecina Francia, el gran actor Francisco Talma.

El impulso supremo, el estímulo ardiente, el afán de aprender, brotaron á un tiempo en aquel cerebro organizado para grandes empresas, y asaltó su mente la idea de contemplar por sí mismo aquel astro glorioso, cuyos lejanos resplandores llegaban, no obstante á caldear su alma de artista. ¿Qué podía esperar de un público que le rechazaba, que no le comprendía, que prodigaba sus aplausos al inmotivado desplante, á la entonación enfática, pero jamás movido por un arranque ó un grito del alma... nunca al sagrado fuego de la inspiración sublime?

Isidoro Maiquez como todos los grandes genios, halló sin duda el supremo esfuerzo para lograr sus altas inspiraciones. Oyendo al gran maestro, se pondrían de relieve ante sus ojos todos sus desvelos y amarguras, consullaría consigo mismo, estudiando al coloso, aquilatarla en fin, el mérito propio ante el ageno, y fijaría de modo seguro y cierto su estudio en el porvenir.

¡No vacitó! Venciendo cuantos obstáculos se opusieron á su marcha, falta de recursos para su viaje, que en aquellos tiempos sería sin duda, tan costoso y largo, como penoso y molesto, partió del suelo patrio con la fe de su entusiasmo, por todo amparo y la esperanza de un porvenir risueño, como único y seguro guía. ¡Gloria eterna á la memoria del hombre insigne que, apartándose del círculo mezquino en que se mira envuelto, eleva su vista y su pensamiento á las regiones donde juzga hallar colmada y satisfecha su ardiente fantasía!

¿Cómo enumerar los sacrificios, los anhelos que combatirían aquel acerado espíritu durante las interminables horas que tardó en presentarse ante la gran figura del insigne actor, que era el asombro de aquella Francia, en su época más viril y avasalladora?

¿Cómo hacerlos una exacta, al par que elevadísima reseña de la primera entrevista de aquellos seres, de aquellos atletas, de distinto país, de diferente idioma y de posición contraria?

¡El uno sosteniendo con fuerte y segura diestra el cetro de la escena de su país, rico, floreciente y satisfecho!

¡El otro abatido: tendiendo la aterida mano en busca de enseñanza, proyechosa y útil para su patria, pobre, envilecida y degradada!

¡La llama del genio, tendió por igual sus relucientes galas y un cariñoso lazo unió de pronto aquellas almas cual se unen por celestial arcana, en regiones de luz y de armonía, los purísimos colores del iris en las alturas!

El estudio profundo de los grandes actores, la consulta de las propias facultades, la copia exacta del personaje que se estudia, su época, sus aptitudes, sus atavíos, y todo esto guiado por un humano y artístico sentido, produce siempre feliz resultado. Un actor de ingenio é inspiración, cuando se le impone como base principal del estudio el maestro que enseña y nos muestra, ya se puede hallar en el estudio de nuestros actores.

Por esto Isidoro Maiquez debió, sin duda Isidoro Maiquez encauzar sus facultades. Estudiando á su maestro, copiándolo exactamente, y haciendo sentir á su rostro las mismas contracciones, y á su pecho la misma

agitación, y á sus nervios, aquellas violentas sacudidas á su aspecto, en suma, la misma salvaje ferocidad en aquel Oteño del que se hemos (por referencia de actores que vieron en Madrid representar á Maiquez la citada tragedia) que después que hería de muerte á la inocente Edelmira, su atezado semblante vestase polidisco... sus ojos iban adquiriendo lentas, pero descomunales proporciones; el brillo de sus pupilas arrojaba vivísima y roja luz, la contracción de su cara se iba acometiendo por momentos; el temblor de sus miembros reconcentrábase torpe y cobardemente; una profunda calma, pero lenta congoja brotaba poco á poco del fondo de su pecho; sollozo á sollozo iba aumentando aquel copioso llanto; desbordábase luego, cual torrente impetuoso en arroyos de dolor y de amarguísimo desconsuelo, y al asallar de nuevo su mente la justa idea de aquella venganza, serenábase y mitigábase el dolor, recobrábase poco á poco y exclamaba ya sereno, pero con frase horrible y feroz acatada:

..... ¡Está bien hecho lo que acabo de hacer con esta ingrata!

Para poder llegar á realizar este prodigio artístico, para poder contener á todo un público, que por momentos embalsamado los seis ó ocho minutos que juzgo debe durar el sostenimiento de situación tan soberanamente desempeñada por un actor, se necesita ser un genio soberano, un gigante en fin, un Isidoro Maiquez!

Ya ésto es la biografía que se distingue por haberse publicado de tan insignes actores, yo añadiré á las justas palabras que he tomado como objeto, seguramente en desahogo del pundonor nacional!

Que al volver á su patria, después de largo, más provechoso ausente, halló al público tan viciado y corrompido, que se consiguiera en regeneración el estado de su divina arte, cuando el buen gusto en aquella época con los tesoros inagotables de un peregrino ingenio; fijando la atención del público, y dando por resultado el delirio, el entusiasmo de Madrid entero que aquella una y otra noche óir con arrobamiento, las portentosas creaciones de Racine, de Corneille, de Shakespeare, de Alfieri y de Quintana, el extremo de evitar la envidia ó el miedo de un gobierno suspicaz y asustadizo. La calumnia rebosó en aquella popularidad que hizo de Maiquez su idolo predilecto. Las ocasiones de que era objeto molestaban y agredían á ridículas entidades que no podían soportar que un cómico fuese objeto de las más ardientes demostraciones, y fué desatada á Granada, so pretexto de que alteraba las leyes, con los detalles sublimes de la fogosa inspiración!

No me canso de repetir que sentirse los aplausos de un público tan injusto como inmóvil, pues la opinión siempre severa juzga á guisa de vultus á Madrid de un actor puñalada.

El terror y las calumnias no pudieron sujetar los fogosos impulsos del pueblo entusiasmado; que por ser enojos por largo tiempo, llega á ser una vez un sol pálido de los más hermosos y consistentes del mundo.

El estudio de esta impresión el destierro de Maiquez, que se halla en el teatro de Madrid por sus obras, y ocultas tentativas de hiel, que se le ofreció al público fueron inútiles. Los cánticos elevaron respetuosamente solicitudes para que Fernando VII devolviera el orden del destierro, pues se hallaba en el de sustento; y lo que tardó algún tiempo en concederse, obtuvo al fin resultado en el último de aquel mal aconsejado monarca.

Oteño, Oscar, Cain, Hijos de Edipo, Fenelón, Vano Humillado, García del